

Pío Baroja y «su» Madrid: La lucha por la vida

Joaquín BOSQUE MAUREL
Departamento de Geografía Humana U.C.M.

La pasión encolerizada de Baroja por Madrid, por España y por la realidad sólo se apagó con su muerte. Fue un amor áspero y descontento, pero de una fidelidad absoluta.

MARIO PAJARÓN,
«Cinco escritores y su Madrid», p. 108

Pío Baroja Nessi nació el Día de los Inocentes de 1872 en San Sebastián. Por razones familiares, su infancia y juventud transcurrieron en Madrid a donde los Baroja se trasladaron en 1879 alojándose en casa de una tía materna de la calle de la Misericordia, aneja a la plaza de las Descalzas, desde donde, más tarde, se trasladaron sucesivamente a la calle de Atocha, esquina a la llamada entonces de la Esperancilla, al barrio de Argüelles, a un hotel de tres plantas y un sótano de la calle de Álvarez de Mendizábal destruido en los bombardeos de Madrid durante la Guerra Civil, trasladándose finalmente, al término de la contienda, a Ruiz de Alarcón cerca del Buen Retiro donde falleció en octubre de 1956. Una estancia continuada aunque rota estacionalmente por sus visitas estivales a Vera de Bidasoa, donde una casona comprada en 1912 por don Pío y denominada «Itzea» se convirtió, tras su fallecimiento, en Museo y Biblioteca de los Baroja, en gran medida gracias a su sobrino, el investigador y escritor Julio Caro Baroja, y abandonada esporádicamente durante sus numerosos viajes por las principales ciudades de Europa, especialmente en París, donde se asentó algunas temporadas, por ejemplo en el transcurso de la Guerra Civil. Sólo durante unos pocos años, aquellos en que residió con toda la familia en Pamplona (1881-1886) y los que permaneció en el Balneario de Cestona como médico titular (1894-1895), estuvo en verdad ausente de Madrid.

1. PIO BAROJA Y LA CIUDAD DE MADRID

Baroja recorrió y conoció bien Madrid, especialmente el entorno de sus diferentes domicilios. De sus acostumbrados paseos vespertinos nos da buena noticia su sobrino Julio Caro Baroja, su casi permanente acompañante en muchos de ellos y en muy distintos momentos.

«Salíamos pronto. Casi después de comer. Nos metíamos calle de Mendizábal abajo, en el anchurón destartado de la plaza de España y por la calle de Leganitos subíamos hasta la Puerta del Sol. De allí, siguiendo la calle de Alcalá, alcanzábamos la Cibeles y de la Cibeles íbamos hasta Atocha, a la feria de libros del Botánico». (J. Caro Baroja, 1972, 81).

Aunque sobre todo le interesaban, afirma Caro Baroja,

«las personas, los individuos, hombres o mujeres como tales. Lo mismo le daba que fueran ricos que pobres, cultas que incultas. La cuestión era que tuvieran algún rasgo enérgico o característico. Y era maestro en encontrarlos o destacarlos en el lugar más insignificante en apariencia» (1972, 78).

Y ese Madrid, «el Madrid desconocido» según M. Parajón (1978, 77), donde vivió la mayor parte de su existencia y que conocía tan bien, está presente en sus novelas, en algunas de ellas especialmente. Con la vida diaria y los paisajes de algunos de sus barrios, a veces muy distintos, desenvuelve Pío Baroja su carrera literaria, en la que son muy frecuentes los apuntes autobiográficos. Primero, con dos novelas de su inicial trilogía, *La vida fantástica*, en concreto con *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Parados* (1901) y *Camino de perfección* (1902); en ellas, afirma, con la plaza de Oriente como centro y bajando por la cuesta de la Vega, se podía contemplar

«bajo el sol pálido y el cielo lleno de nubes algodonosas, ... el severo paisaje madrileño del Pardo y de la Casa de Campo, envuelto en una gasa de tenue neblina» (1901, 95).

Y, más aún, con la trilogía que, con el título de *La lucha por la vida* publicó en 1904 y que estaba constituida por *La busca*, *Mala hierba* y *Aurora Roja*, donde recoge sobre todo «el mundo finisecular de gentes humilde y bajos fondos» (J. Caro Baroja, 1972, XIII) situado al Mediodía de la Puerta del Sol. Pero, no sólo en ellas utilizó a Madrid como escenario y a sus habitantes como protagonistas. Más tarde, otros ambientes madrileños algo diferentes es-

tarán presentes en dos novelas pertenecientes a la trilogía de *La Raza*, en *La dama errante* (1908), basada en el atentado de Mateo Morral durante la boda de Alfonso XIII y, en especial, en *El árbol de la ciencia* (1911), que recogerá la vida de un estudiante de Medicina —¿el mismo Baroja?— en la calle Ancha de San Bernardo, en la Universidad Central y, sobre todo, a lo largo de la calle de Atocha, entre el Instituto de San Isidro y el Hospital de San Carlos, y también en los barrios de Argüelles y el Retiro (1911, 33-91). En la última tríada, *La juventud perdida*, una de sus novelas, *Las noches del Buen Retiro* (1933), desarrolla su acción en torno a estos jardines, un

«sitio estratégico e importante para la burguesía madrileña de hace más de treinta años. En aquellos jardines se podía pasar las noches de verano de una manera agradable... había en (ellos) un teatro grande, boscajes retirados para parejas misteriosas, un café y música» (1933, 15).

Pero tampoco faltan las vivencias de la Villa y Corte en *Las memorias de un hombre de acción* (1913-1935); su protagonista, Eugenio de Aviraneta, aunque centra sus aventuras en el País Vasco y el Norte de España, como conspirador y aventurero residirá eventualmente en Madrid, a la que califica en *Los caminos del mundo* de «poblacho, sucio, polvoriento, destartado» (). Y en alguna otra ocasión parecerá no haberse sentido, en principio, cómodo con ella; en *La sensualidad pervertida* (1920) su protagonista afirma

«Madrid me pareció un Valladolid grande... No me gustaba Madrid. He tardado mucho en acostumbrarme más al ambiente físico que al moral... Esa luz fuerte, esa luz brillante, el aire polvoriento me ha desagradado...» (1995, 131).

Es indudable que los personajes de Baroja se mueven por un muy extenso espacio madrileño aunque no es menos verdad que en este espacio hay unos núcleos de polarización de tales personajes. Carlos Prieto García (1993, 19)) insistirá en que cabe establecer como mínimo dos itinerarios en los que resultan diferentes núcleos de la acción barojiana. Uno de ellos tendrá como centro la Puerta del Sol a la que sus personajes consideran como un hito esencial de la vida madrileña aparte de ser «registro de los acontecimientos de la historia de España» (C. Prieto García, 220) y frontera entre los ámbitos madrileños básicos, el meridional, proletario, empobrecido, deteriorado, y el septentrional, burgués, incluso aristocrático, renovado y desarrollado formal y socialmente. En torno suyo, se extiende un área central en el que sobresale el eje calle Arenal-plaza de Oriente-calle Bailén, muy cercano al cual se encontraba, en la calle Misericordia, la casa de los Capellanes de las Descalzas Rea-

les, donde transcurrió la infancia y la adolescencia de Baroja. Desde allí, más tarde pero antes de la Guerra Civil, toda la familia se trasladó hasta el barrio de Argüelles a un hotel de la calle de Mendizábal, y cuyo entorno, Moncloa y el cerro del Pimiento, hoy asiento del Tribunal Constitucional y la Universidad San Pablo-CEU, se convertiría en un zona de paseo y continuas vivencias del autor de *La vida fantástica* y *La lucha por la vida*. Similar uso tuvo también el algo más lejano barrio de Chamberí y sus tres glorietas, San Bernardo, Quevedo y Bilbao (*Aurora roja*). Itinerario muy presente siempre, es el que, con centro en la plaza de la Cebada, engloba el Madrid de los Austrias hasta el Viaducto, pero también el Rastro y sus «barrios bajos» (*La busca y Mala hierba*), el área de Lavapiés y Atocha, con el Hospital de San Carlos y el Instituto San Isidro (*El árbol de la ciencia*), extendiéndose como contraste al otro lado de la Cibeles y de los paseos del Prado y Recoletos, hasta las inmediaciones del Buen Retiro (*Las noches el Buen Retiro*, 1933), en donde, en la calle de Ruiz de Alarcón, residió con su familia y murió Pío Baroja. En este Madrid vivido del novelista apenas aparece el Madrid político-administrativo, oficial y ministerial, ni el monumental, con sus iglesias, sus palacios y sus museos, aunque sí su habitat tradicional, sus calles y casas, sus «corralas», sus tabernas, sus cafés con sus tertulias, las librerías de viejo, sobre todo de la cuesta de Moyano, e, incluso, sus diversos cementerios.. Además, según los momentos, el Ateneo y el Círculo de Bellas Artes que visitó en ocasiones aunque nunca demasiado.

Pero nada tan significativo y personal como la visión que un peculiar Don Pío ofrece en *La lucha por la vida* a través de Manuel y, en menor proporción, su familia, sobre todo su madre, la Petra, criada en una casa de huéspedes de Mesonero Romanos, y su hermano Juan, que desde un Seminario (¿) llega a Madrid pasando por París. Manuel será el protagonista y el punto de referencia que da unidad a las tres partes (*La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*) de la trilogía y en cuyas vivencias existen muchos rasgos y hechos autobiográficos. Es claro que «Manuel no es Baroja pero todos los personajes de don Pío tienen mucho del autor», con dos adjetivos que pueden singularizar al protagonista, «fantástico y misterioso» (M. Parajón, 96).

A lo largo de más de mil páginas se desgranarán las «aventuras y desventuras» de un muchacho de familia obrera —el padre es ferroviario (*La busca*, 16)— que llega a Madrid y, tras un tiempo difícil entre algunos trabajos hoy calificados de «sumergidos» y ciertos contactos con un submundo próximo a la delincuencia que tienen como escenario sobre todo los «barrios bajos» del Sur de Madrid (*La busca*, 53-291), traspasa el paralelo de la Puerta del Sol y se establece en un ámbito menos conflictivo y en pleno desarrollo, los barrios septentrionales de Argüelles y Moncloa (*Mala hierba*). En este nuevo ámbito urbano, tras muchas incidencias —«Sí; he sido criado, panadero, trapero, ca-

jista y ahora golfo, y no sé de todo eso lo que es peor.» afirma el mismo Manuel (*Mala hierba*, 235)— y con el apoyo financiero y moral de un inicialmente simple estudiante inglés alojado en la pensión de doña Casiana y luego, tras una fantástica historia, un acaudalado heredero, Roberto Hasting, llega a un mediano pasar e incluso a un interesante matrimonio con la Salvadora, uno de los pocos atractivos personajes femeninos existentes en la trilogía. Una entrada en la burguesía que contrasta con el círculo revolucionario y anarquista que, con su hermano Juan, el antiguo seminarista y luego pintor y escultor, como protagonista, concede un nuevo y muy distante rumbo ideológico a la trilogía (*Aurora roja*). Una nueva realidad en la que, como en la anterior, Manuel no quiere implicarse quizás de acuerdo con la objetividad y la neutralidad (¿) con que Baroja parece plantearse su trilogía de *La lucha por la vida*.

Pero son muchos más los historias y los personajes que desgrana Baroja a lo largo de estas tres novelas y como en la mayoría de su obra.

«Estaba tan agresivamente enamorado de la realidad, que no excluía nada de sus novelas, Por eso nos cuesta retener los asuntos y se nos olvidan los personajes: son demasiados, se acumulan, ocupan unas páginas, desaparecen y tal vez no vuelvan a reaparecer» (M. Parajón, 96).

En *La lucha por la vida*, aparte de la vida de los Alcázar, de las correrías de Manuel y de los ideales de Juan, aparecen muchas otras historias, aunque sobresalen algunas correspondientes a determinados personajes secundarios. A Roberto Hasting, y su fantástica búsqueda de una gran fortuna, a la baronesa de Aynat y sus trapisondas, a Karl, el alemán hornero y su aventurado viaje hasta España, a la vida y milagros en el límite de la ley de Bernardo de Mingote, a las actividades circenses y viajes de Alonso de Guzmán Calderón y Téllez, el «Hombre-boa», a los debates, divagaciones y diferencias de los varios componentes del grupo anarquista que se reúne en la taberna «la Aurora roja». Y no son las únicas. Cada una de esas historias podía haber sido la base de un relato corto o largo absolutamente independiente. Pero, con Baroja, todos ellos tienen un nexo común, Manuel, que los enlaza concediendo unidad al conjunto de la trilogía.

El Madrid recogido por Baroja coincidió en el tiempo con el Madrid «castizo» de las zarzuelas de Federico Chueca y Ruperto Chapí y de los sainetes de Carlos Arniches, pero con los cuales el mundo barojiano no tuvo apenas relación y que tenía como precedentes ilustres los sainetes de Ramón de la Cruz y Mesonero Romanos Según Caro Baroja, este Madrid «castizo» le producía verdadera aversión:

«Baroja, que era admirador como el que más del maestro Chueca, ... que se reía con las ocurrencias de Arniches y García Álvarez..., creía que los «chulos» de López Silva y Casero eran una ficción poco amena. Su Madrid hosco, de colores pálidos y aún lívidos, no tiene nada que ver con el de los castizos amanerados, herederos de una tradición también teatral ante todo». (1972, X).

En diversas páginas de su obra aparece este sentimiento:

«Un par de chulos de chaqueta corta y pantalón de odalisca, sacaron el organillo a la terraza. Iba entrando gente, y las parejas comenzaban a bailar» (*Aurora roja*, 77).

Y tampoco le resultaban muy atractivas ciertas actuaciones musicales, de «variedades» ligadas a ese mundillo, según se deduce de sus referencias al teatro Romea:

«Había un lleno. Se representó una funcioncilla estúpida, plagada de chistes absurdos y groseros, de la manera más sosa que puede imaginarse, entre las interrupciones y los gritos del público. Cayó el telón y apareció enseguida una muchacha que cantó con una vocecilla aguda, desafinando horriblemente, una canción pornográfica sin pizca de gracia. Luego salió una pintarrajeada, vieja y fea mujerona francesa, con un sombrero descomunal; se acercó a las candilejas y cantó una larga narración, de la que Manuel no entendió una palabra, y cuyo estribillo era: *Pauvre petit chat, petit chat*» (*Mala hierba*, 226-227).

En todo caso, las novelas, en general de Baroja, pero en especial sus primeras trilogías, no sólo son un documento de la sociedad española del paso del Ochocientos al Novecientos, sino más aún un reflejo de «la crisis de la confianza en el orden social resultante y refleja una postura que caracteriza el espíritu español de fin de siglo (XIX)» (E. Inman Fox, 1999, 9). Todo ello llevado a cabo dentro de una teoría y una manera de hacer novela, que si bien fue bien acogida por algunos de los miembros de las generaciones en torno al Novecientos, como Pérez Galdós y Azorín, fue objeto de una dura crítica por parte de Ortega y Gasset:

«El error que comete Baroja es el de que sus figuras principales no suelen interesarse con calor suficiente en los sucesos de la novela. Diríase que la trama de la novela, el sistema de los acontecimientos, va por un lado y las almas de los personajes por otros» (1946, 67).

aunque Ortega reconoce su capacidad para dar, con «contenido lirismo (y) admirable eficacia lacónica, espléndidas descripciones de ciudades y paisajes» (1946, 67-123). Un texto el de Ortega y Gasset que parece provocó, por parte del novelista vasco, sus propias reflexiones sobre lo que entendía como arte de novelar:

«la novela... es un género multiforme, proteico, en formación, en fermentación; lo abarca todo: el libro filosófico, el libro psicológico, la aventura, la utopía, lo épico, todo absolutamente» (1925).

2. LA DOBLE VISION DEL MADRID DE *LA LUCHA POR LA VIDA*

Pío Baroja en *La lucha por la vida*, aunque no sólo en ella, ofrece una doble versión de su Madrid. Por un lado, están los escenarios urbano y suburbano, distintos entre si cada uno, por otro las gentes que los habitan y hacen uso de ellos. Unos escenarios y unas gentes perfectamente imbricados unos con otras aunque el novelista pone mayor énfasis en la pintura de los madrileños y en sus maneras de vivir y de utilizar el escenario que los acoge. El paisaje, urbano sobre todo, aunque juega un papel importante, aparece siempre en un segundo plano. En un caso y otro es admirable y reconocible el perfecto conocimiento que el escritor tiene de la realidad de ese Madrid del paso del siglo XIX al XX, un conocimiento hoy imprescindible para el análisis y el estudio históricos de la época.

Pero, hay que añadir la convicción de don Pío sobre el dualismo formal y social existente en la Villa y Corte. En relación con su visión de los «barrios bajos» afirma:

«El madrileño que alguna vez, por casualidad, se encuentra en los barrios próximos al Manzanares, hállase sorprendido ante el espectáculo de miseria y sordidez, de tristeza e incultura que ofrecen las afueras de Madrid con sus rondas miserables, llenas de polvo en verano y de lodo en invierno. La corte es ciudad de contrastes; presenta luz fuerte al lado de sombra oscura; vida refinada, casi europea, en el centro, vida africana, de aduar, en los suburbios» (*La busca*, 53).

Es evidente la negrura del color y la dureza de rasgos del conjunto del cuadro, origen de críticas y opiniones no muy favorables y creadoras de todo un Baroja tópico.

«El cuarto era nauseabundo, atestado de anuncios rotos, grandes y pequeños, pegados a la pared; en un rincón había una cama estrecha y sin hacer; tres sillas destripadas, con la crin al descubierto, y en medio, un brasero cubierto con una alambra, encima de la cual se secaban dos calcetines sucios» (*Mala hierba*, 40).

Y en otro momento y lugar:

«Sacó la vieja un puchero, platos, cubiertos y un pan grande de las cestas; extendió un paño en el suelo, sentáronse todos alrededor de él, vertió el caldo del puchero en los platos, en donde cada uno desmigó un pedazo de pan y fueron comiendo. Después dio la vieja a cada uno su ración de cocido y, mientras comían, el zapatero discursó un poco acerca del porvenir de España y de los motivos de nuestro atraso...» (*La busca*, 60).

Según Caro Baroja, «la frialdad y objetividad de *La busca* fueron exageradas por los críticos, al comentarla recién aparecida» y, «desde entonces, corre también la voz de que Baroja fue hombre poco sensible, amén de prosista descuidado» (*La busca*, IX). Desde luego esa tal insensibilidad es muy discutible y es evidente no sólo el interés sino también el afecto, muy especial si se quiere, por sus personajes, así como el humor y la ironía con que los dibuja, que se desprende de la lectura de la obra de Pío Baroja.

Pero no es menor el sentimiento y el atractivo que surge de su visión directa y realista del entorno natural pero profundamente humanizado en el que se ha levantado la Villa y Corte. Es un hecho perceptible en las páginas dedicadas (*Aurora roja*, pp. 173-179) al ya desaparecido Cementerio de la Patriarcal, uno de los varios construidos a comienzos del Ochocientos fuera del cierre septentrional del recinto de los Austrias e inmediatos a la calle de Magallanes, donde Manuel y Juan y su entorno anarquista conviven, y a la glorieta de Quevedo.

«Rodeadas de malezas y de zarzas, medio ocultas por los jaramagos y las ortigas, se veían las lápidas de mármol, blancas, rotas, y las de piedra, carcomidas y verdeantes por los musgos. En algunas partes, el follaje era tan espeso, que las tumbas desaparecían, envueltas en plantas trepadoras, entre grandes cardos espinosos y yezgos de negras umbrelas» (*Aurora roja*, 177).

Visión plenamente romántica corroborada frente al de San Martín, no muy distante:

«El cementerio, con sus columnatas de estilo griego y sus altos y graves cipreses, tenía un aspecto imponente. En las calles y en las plazoletas, formadas por los mirtos amarillentos, había cenotafios de piedra ya desgastados, y en los rincones, tumbas, que daban una impresión poética y misteriosa» (*Aurora roja*, 74).

Todo ello unido a una cierta melancolía y a una clara pesadumbre:

«Y el paisaje árido, unido a la pobreza de las construcciones, a los gritos de la gente, a la pesadez del aire, al calor, daba una impresión de fatiga, de incomodidad, de vida sórdida y triste...» (*Aurora roja*, 83).

Y, aunque, en algún momento, Baroja califica a Madrid de «poblacho sucio», un apelativo que recuerda la visión de Madame d'Aulnoy, unos tres siglos antes, durante el reinado de Carlos II, sin embargo en varias de sus novelas se refiere a la belleza de sus paisajes vistos desde diversos puntos del callejero madrileño. Sentados Manuel y su amigo Jesús en los «jardinillos de la Virgen del Puerto» se admiran y se emocionan:

«El cielo estaba espléndido, cuajado de estrellas; la Vía Láctea cruzaba la cóncava inmensidad azul. La figura geométrica de la Osa Mayor brillaba muy alta. Arturo y Wega resplandecían dulcemente en aquel océano de astros» (*Mala hierba*, 326).

Y, desde un Paseo de Rosales en sus inicios, con el río Manzanares a sus pies, pueden contemplar un espléndido panorama:

«Sobre las orillas del río se extendía una niebla larga y blanca; los árboles de la Casa de Campo, enrojecidos por el otoño, formaban masas espesas de ocre y de azafrán; algunos chopos altos y amarillos, de color de cobre, heridos por el sol, se destacaban con sus copas puntiagudas entre el follaje verde oscuro de los pinos; las sierras lejanas se iban orlando con la claridad del día, y el cielo azul, con algunas nubes blancas, clareaba rápidamente...» (*Aurora roja*, 240).

Y tampoco dejaba de ser atractiva la visión del caserío madrileño, visto desde las praderas del Manzanares;

«Iba anocheciendo; surgía Madrid, amarillo rojizo, con sus torres y sus cúpulas, iluminado con la última palpitación del sol poniente. Relucían las vidrieras del Observatorio. Una bola grande, de cobre, del remate de algún edificio, centelleaba como un sol sobre los tejados mugrientos;

alguna que otra estrella resplandecía en la bóveda azul Prusia del cielo; el Guadarrama, de color violeta obscuro, rompía con sus picachos blancos el horizonte lejano» (*Mala hierba*, 319).

A menudo, su visión tiene algo de poético y fantástico:

«Madrid, plano, blanquecino, bañado por la humedad, brotaba de la noche con sus tejados, que cortaban en una línea recta el cielo; sus torrecillas, sus altas chimeneas de fábrica y, en el silencio del amanecer, el pueblo y el paisaje lejano tenía algo de lo irreal y de lo inmóvil de una pintura» (*La busca*, 204).

Menos atractiva es la pintura que hace del callejero madrileño, sobre todo en *La lucha por la vida*, aunque no faltan los matices no muy claros entre el norte y el sur de la ciudad. No cabe olvidar que el ambiente de las novelas primeras de Baroja, en especial las de *La lucha de la vida*, el de los «barrios bajos» del extrarradio madrileño, es más homogéneo que el correspondiente a los distritos septentrionales y meridionales del centro de la ciudad, muy distintos formal y socialmente unos de otros. Además, en muchos momentos, y no siempre de forma explícita, existe una cierta vaguedad a fin de presentar el Madrid de comienzos del 900 como una oscura y confusa pintura en la que ciertos lugares, más o menos próximos, carecen de personalidad y parecen confundirse unos con otros. En las primeras páginas de *La busca*, al referirse a la casa de huéspedes de doña Casiana, escenario inicial de la acción novelesca, Baroja escribe:

«Sería el autor demasiado audaz si tratase de demostrar la necesidad matemática en que se encontraba la casa de doña Casiana de hallarse colocada en la calle de Mesonero Romanos, antes del Olivo, porque, indudablemente, con la misma razón podía haber estado emplazada en la del Desengaño, en la de Tudescos, o en otra cualquiera» (*La busca*, 9 y 10.).

Lo que no excluían descripciones que, aún extensibles a otras casas del viejo Madrid, pretendían cierta personalidad:

«el portero había abierto el portal... (un) portal, largo, oscuro, mal oliente, ... más bien un corredor angosto, a uno de cuyos lados estaba la portería» (*La busca*, 10).

Este y otros rasgos podían caracterizar a otras casa de huéspedes y a la misma doña Casiana a la que don Pío parece atribuir, con indudable ironía,

cierto carácter de paradigma extensible a todo los entonces hospedajes de esa clase existentes en Madrid:

«El autor no llegó a conocer los inquilinos que habitaban los pisos altos... no se remonta a las alturas y se detiene en el piso principal. En éste, de día apenas si se divisaba, por la obscuridad reinante, una puerta pequeña; de noche, en cambio, a la luz de un farol de petróleo, podía verse una chapa de hoja de lata, pintada de rojo, en la cual se leía escrito con letras negras: «Casiana Fernández» (*La busca*, 11).

No menos común podía resultar la descripción del «recibimiento de la casa»;

«frente a la entrada había una mesa ancha y sólida, y sobre ella una caja de música de las antiguas, con cilindros de acero erizados de pinchos, y junto a ella una estatua de yeso: figura ennegrecida y sin nariz, que no se conocía fácilmente si era de algún dios, de algún semidiós o de algún mortal»,

añadiendo Baroja,

«en la pared del recibimiento y en la del pasillo se destacaban cuadros pintados al óleo, grandes y negruzcos. Un inteligente... los hubiera encontrado detestables; pero la patrona, que se figuraba que un cuadro muy oscuro debía de ser muy bueno, se recreaba a veces, pensando que quizás aquellos cuadros, vendidos a un inglés, le sacarían algún día de apuros» (*La busca*, 11 y 12).

3. SOBRE EL CALLEJERO Y EL CASERÍO DE MADRID

Las visiones del callejero y del caserío madrileños son siempre muy fieles, aunque muy poco complacientes, a la realidad del momento y, generalizando una frase de Julio Caro Baroja al referirse a la «corrala» donde vivía el tío Rilo (*La busca*, XI), parece indudable que «el futuro historiador de Madrid tendrá que contar» con tales descripciones. Y eso pese a que, a su indudable realismo, Baroja añade una incisiva ironía y una posible exageración. Aparte que puede añadirse, derivado de un soterrado afecto, una visión teñida de fantasía y romanticismo.

Y, confirmando lo dicho, la Petra lleva a su hijo Manuel a casa de un primo suyo a fin de conseguirle un trabajo, cuya descripción cabría calificar de paradigmática.

«De la Ronda de Segovia, que recorrieron en corto trecho, subieron por la escalinata de la calle del Águila, y en una casa que hacía esquina al Campillo de Gil Imón se detuvieron... Había dos zapaterías, ambas cerradas, una enfrente de otra... No era la casa aquella pequeña ni de mal aspecto; pero parecía que tenía unas ganas atroces de caerse, porque ostentaba, aquí sí y allí también, desconchaduras, agujeros y toda clase de cicatrices. Tenía piso bajo y principal, balcones grandes y anchos con los barandados de hierro carcomidos por el orín, y los cristales, pequeños y verdes, sujetos con listas de plomo. En el piso bajo de la casa, en la parte que daba a la calle del Águila, había una cochera, una carpintería, una taberna y la zapatería del pariente de la Petra (con un rótulo que decía) A LA REGENERACIÓN DEL CALZADO» (*La busca*, 55-56).

No menos concisa, concreta y, sobre todo, tremendista es la siguiente descripción:

«A la mitad de la calle (de Jardines, bocacalle de la Montera), estrecha y oscura, brillaba un farol rojo, que iluminaba la portada sórdida del café de la Marina. Empujó la puerta Leandro y pasaron dentro. Enfrente, el tablado con cuatro o cinco espejos, relucía lleno de luz; en el local, angosto, la fila de mesas arrinconadas a una y otra pared no dejaban en medio más que un pasillo... En una mesa de al lado, un hombre con trazas de chalán discutía acerca del cante y del baile con un bizo de cara de asesino» (*La busca*, p. 142).

O bien, la de la imprenta de Sánchez Gómez, realista pero también imprecisa en alguno de sus rasgos, sita en una calle transversal de San Bernardo, donde Manuel se emplea e inicia su acceso a una vida nueva, la de un menestral que pretende salir de la pobreza y alcanzar un relativo buen pasar. Una imprenta que aparece en

«Un sótano negro, iluminado por la puerta de un patio húmedo y sucio. Un tabique recién blanqueado... dividía este sótano en dos compartimentos. Se amontonaban en el primero una porción de cosas polvorientas; en el otro, el interior, parecía barnizado de negro... En medio, un hombre barbudo, flaco y negro, subido en una prensa grande, colocaba el papel, que allí parecía blanco como la nieve, sobre la platina de la máquina... Subieron Manuel y Roberto... a un cuarto largo y estrecho, ... adosados a las paredes y en medio estaban los casilleros de las letras, y sobre ellos colgaban algunas lámparas eléctricas, envueltas en cucuruchos de papel de periódico, que servían de pantalla» (*Mala Hierba*, 122-123).

Y especialmente expresiva aunque lacónica es la descripción del hospedaje, una «corrala», donde se acoge Manuel tras su empleo en tal imprenta:

«Jesús (un compañero de la imprenta) le llevó al parador de Santa Casilda, en donde él vivía: un enorme caserón de un solo piso, con tres patios muy grandes, que estaba en la ronda de Toledo... Le alquilaron en el parador, por ocho reales a la quincena, un cuartucho con una cama, una silla rota de paja y una estera, colgada del techo, que hacía de puerta (*Mala hierba*, 139-140).

Es relevante, no menos, el grandilocuente aguafuerte de «la calle de la Justa, hoy de Ceres», en Palomeras, puesta en parangón por sus respectivas especializaciones, con la de Magallanes, al lado de la glorieta de Quevedo.

«Esta... (la de Ceres), sobre todo, dedicada galantemente a la diosa de las labores agrícolas, con sus casuchas bajas en donde hacen guardia los soldados; esta calle, resto del antiguo burdel, poblada de mujeronas bravías, con la colilla en la boca, que se hablan de puerta en puerta, acarician a los niños, echan céntimos a los organilleros y se entusiasman y lloran oyendo cantar canciones tristes del presidio y de la madre muerta, podía llamarse, sin protesta alguna, calle del Amor, como la de Magallanes reclamar con justicia, el nombre de calle de la Muerte». (*Auro-ra roja*, 30-31).

Finalmente, quizás nada más interesante y representativa por su aguda, dura y espeluznante descripción que «la casa del tío Rilo, del arroyo de Embajadores», su primer domicilio independiente de sus familiares.

«Llamaban unos a esta casa la Corrala, otros el Corralón, otros la Piltra... Daba el Corralón... al Paseo de las Acacias; pero no se hallaba en la línea de este paseo, sino algo metida hacia atrás. La fachada de esta casa, baja, estrecha, enjabelgada de cal, no indicaba su profundidad y tamaño; se abrían en esta fachada unos cuantos ventanucos y agujeros asimétricamente combinados, y un arco sin puerta daba acceso a un callejón empedrado con cantos, el cual, ensanchado después, formaba un patio, circunscrito por altas paredes negruzcas. De los lados del callejón de entrada subían escaleras de ladrillo a galerías abierta, que corrían a lo largo de la casa en los tres pisos, dando la vuelta al patio. Abríanse de trecho en trecho, en el fondo de estas galerías, filas de puertas pintadas de azul, con un número negro en el dintel de cada una... Hallábase el patio siempre sucio; en un ángulo se levantaba un montón de trastos inservibles, cubierto de chapa de cinc; se veían telas puercas y tablas carcomidas, escombros, ladrillos, tejas y cestos: un revoltijo de mil diablos.

Todas las tardes, algunas vecinas lavaban en el patio, y cuando terminaban su faena vaciaban los lebrillos en el suelo, y los grandes charcos, al secarse, dejaban manchas blancas y regueros azules del agua de añil... A cada vecino le quedaba para sus menesteres el trozo de galería que ocupaba su casa; por el aspecto de este espacio podría colegirse el grado de miseria o de relativo bienestar de cada familia, sus aficiones y sus gustos. Aquí se advertía cierta limpieza y curiosidad: la pared blanqueada, una jaula, algunas flores en pucheretes de barro; allá se traslucía cierto instinto utilitario en las ristras de ajos puestas a secar, en las uvas colgadas; en otra parte un banco de carpintero, la caja de herramientas, denunciaban al hombre laborioso, que trabajaba en las horas libres... Cada trozo de galería era manifestación de una vida distinta dentro del comunismo del hambre; había en aquella casa todos los grados y matices de la miseria: desde la heroica, vestida con el harapo limpio y decente, hasta la más nauseabunda y repulsiva. Era la Corrala un mundo en pequeño, agitado y febril, que bullía como una gusanera. Allí se trabajaba, se holgaba, se bebía, se ayunaba, se moría de hambre; allí se construían muebles, se falsificaban antigüedades, se zurcían bordados antiguos, se fabricaban muñecos, se componían porcelanas rotas, se concertaban robos, se prostituían mujeres» (*La busca*, 75-80).

Realismo y dureza en la pintura del paisaje urbano parecen normales si se considera el hecho de que el Madrid de Baroja es, ante todo, el de los «barrios bajos» y el «extrarradio», aparte de las páginas, muchas menos, dedicadas al centro de la ciudad, a la Puerta del Sol y su entorno y a los barrios septentrionales populares entre la pobreza y la pequeña burguesía. Estos últimos reflejan algún favor; teñido de humor y melancolía; este parece ser el caso de la calle de Magallanes donde al comienzo de *Aurora roja* viven Manuel, su hermana Ignacia y la Salvadora y su hermano pequeño.

«Todas las casas de la plazoleta y de la calle de Magallanes eran viviendas pobres, la mayoría de piso bajo, con un patio grande y puertas numeradas; casi todas ellas eran nuevas, y en la línea entera únicamente había una casa aislada, una casita vieja de un piso, pequeña y rojiza... Algunas casas, como los hombres, tienen fisonomía propia y aquella la tenía; su fachada era algo así como el rostro de un viejo alegre y remozado; los balcones con sus cortinillas blancas y sus macetas de geranios rojos y capuchinas verdes, debajo del alero torcido y prominente, parecían ojos vivarachos sombreados por el ala de un chambergo... Los tres balcones del único piso, muy bajos, casi cuadrados, estaban atestados de flores. En el de en medio, la persiana verde, antes de llegar al barandado, se abombaba al pasar por encima de un listón saliente de madera; de este modo, la persiana no cubría completamente el balcón y de-

jaba al descubierto un letrero que decía: BORDAORA. SE DAN LEC-CIONES» (*Aurora roja*, 31-33).

Pero, apenas existen en el relato barojiano descripciones de los barrios más antiguos y de mejor arquitectura. Se cita a la calle Ancha de San Bernardo, a la de los Reyes, a la de la Princesa, a la del Progreso, a la de Valverde, a la plaza de Isabel II, entre otras muchas, pero apenas se dice nada de ellas, y tampoco de las iglesias y de los monumentos que se desparraman por las calles madrileñas, salvo algunas referencias anónimas de torres de iglesias. En todo caso, hay escuetas aunque curiosas y punzantes visiones de algunos de los pisos habitados por muy diferentes personajes. Por ejemplo, del ocupado en la calle Princesa por la baronesa de Aynat.

«El tabuco era un cuarto estrecho y sin luz, ocupado por muchos más muebles de los que buenamente cabían en él. Amontonados en poco trecho se veían una consola antigua con un reloj de chimenea; unos sillones ajados, en los cuales la seda, antes roja, había quedado violácea por la acción del sol; dos retratos grandes al óleo y un espejo biselado, grande, con la luna rajada» (*Mala hierba*, 50).

Excepcionalmente cabe destacar una atractiva y vívida pintura de la calle del Espíritu Santo, en el barrio de Maravillas, donde se encontraba el taller de Alex Monzón, vivía Roberto Hasting y tenían lugar las reuniones de un grupo de supuestos artistas y escritores bohemios:

«Tardó (Manuel) en encontrar la calle, que estaba en aquellas horas animadísima; las verduleras, colocadas en fila a los lados de la calle, anunciando sus judías y sus tomates a voz en grito; las criadas pasaban con sus cestas al brazo y sus delantales blancos; los horteras, recostados en la puerta de la tienda, echaban un párrafo con la cocinera guapa; corrían los panaderos entre la gente con la cesta en equilibrio en la cabeza, y el ir y venir de la gente, el gritar de unos y otros, formaban una barahúnda ensordecedora y un espectáculo abigarrado y pintoresco» (*Mala hierba*, 11).

Y también una bella y ¿romántica? panorámica desde una casa de la misma baronesa enfrentada al Palacio Real.

«Las conversaciones (de Kate y Manuel) solían tenerlas al anoche- cer en un gabinete que daba a la calle, desde donde se veía la plaza de Oriente como un bosque, y el Palacio Real, en cuyas cornisas se posaban cientos de palomas, que de día revoloteaban en bandadas. Como

fondo se veía la Casa de Campo y el horizonte, que se enrojecía al caer de la tarde...» (*Mala hierba*, 89).

Además, con poca frecuencia, aparecen referencias, vagas e imprecisas, al nuevo Madrid que estaba surgiendo en los extrarradios y que, sobre todo, parecen relacionados con el desarrollo del Ensanche más allá de los *bulevares*, hoy Alberto Aguilera.

«Se destacaban ya de un modo preciso las casas nuevas, blancas; las medianerías altas de ladrillos, agujereadas por ventanucos simétricos; los tejados, los esquinazos, las balaustradas, las torres rojas, recién construidas, los ejércitos de chimeneas, todo envuelto en la atmósfera húmeda, fría y triste de la mañana, bajo un cielo bajo de color de cinc. Fuera del pueblo, a lo lejos, se extendía la llanura en suaves ondulaciones...» (*La busca*, 204).

Descripción complementada por otra de un espacio muy próximo:

«Desde la proximidad del hospital de la Princesa, se veían paredes blancas, ventanas abiertas, iluminadas, de casas de cuatro pisos de Vallehermoso. A lo lejos se divisaba el horizonte confuso, rojizo, y los desmontes, dorados por los últimos rayos del sol, que se dibujaban en líneas rectas en el cielo» (*Aurora roja*, 83).

4. ACERCA DE LA SOCIEDAD MADRILEÑA DE COMIENZOS DEL SIGLO XX

El Madrid de los primeros años del Novecientos era de una extraordinaria vitalidad sociopolítica y centralizaba, sin duda, las grandes líneas de acción políticas y administrativas hispanas aunque no tanto su vida económica en la que sin embargo pretendía crecer y, a la larga, imponerse. Pero en el que los acontecimientos de 98 y su repercusión en la sociedad nacional estaban presentes y de manera muy cruel en medio del olvido y la indiferencia.

Don Pío Baroja era consciente de ello y en *La lucha por la vida* fue muy crítico y duro. En *La sensualidad pervertida* (1995, 192-193) afirma:

«Al comenzar la guerra con los yanquis, varias veces me propuse no enterarme de nada; pero las aglomeraciones de gente delante de las oficinas de un periódico, en la calle de Sevilla, que anunciaba en un telón las noticias de la guerra, me hacía pararme. La gente patrioteramente

contentaba con cantar un cuplé bastante estúpido, que terminaba diciendo: *Para cerdos, Nueva York*».

Luego, tras la derrota y la paz de París tuvo lugar la repatriación del ejército de Ultramar. Baroja recoge la versión de alguno de los soldados vueltos a España. En sus correrías madrileñas, bajo los arcos de la plaza Mayor, Manuel encuentra a

«un hombre con trazas de mendigo que se sentó también allí y hablaron; el hombre dijo ser repatriado de Cuba, que no encontraba empleo ni servía tampoco para trabajar, pues se había acostumbrado a vivir a salto de mata».

«Se trataba de un tío vulgar: tenía la nariz gruesa, la cara ancha y el bigote rubio. Llevaba un sombrero puntiagudo, la ropa llena de remiendos, una bufanda vieja arrollada al cuello, y en la mano, un garrote» (*Mala hierba*, 214).

«Habló de la vida en la isla, una vida horrible, siempre marchando y marchando, descalzos, con las piernas hundidas en las tierras pantanosas y el aire lleno de mosquitos que levantaban ronchas... Además de esto, los fusilamientos, el machetearse unos a otros con una crueldad fría... Y después de todo esto, la vuelta a España, casi más triste aún; todo el barco lleno de hombres vestidos de rayadillo; un barco cargado de esqueletos; todos los días, cinco, seis, siete que expiraban y se les tiraba al agua... Y al llegar a Barcelona, ... ¡qué desencanto!... Uno que espera algún recibimiento por haber servido a la patria y encontrar cariño... Pues nada. Ya no le interesaba a nadie lo que había pasado en la manigua» (*Mala hierba*, 216-217).

Y en este Madrid del Noventa y Ocho, su centro e hito principal era la Puerta del Sol, que todavía entonces constituía el principal registro de la historia de España. Por ello en todo momento el gentío y el movimiento eran permanentes:

«En los escaparates y en los balcones de las casas iban brillando las luces; llegaban los tranvías suavemente, como si fueran barcos, con sus faroles amarillos, verdes y rojos; sonaban sus timbres, y corrían por la Puerta del Sol, trazando elegantes círculos. Cruzaban coches, caballos, carros; gritaban los vendedores ambulantes en las aceras, había una barahúnda ensordecedora... Al final de una calle, sobre el resplandor cobrizo del crepúsculo, se recortaba la silueta aguda de un campanario» (*La busca*, 285).

Una vitalidad que se extendía a todas las calles que, entonces y ahora, desembocaban en la Puerta del Sol aunque teñidas con sus propias peculiaridades.

«Entre la calle de la Montera y la de Alcalá iban y venían delante de un café, con las ventanas iluminadas, mujeres de trajes claros y pañuelos de crespón, cantando, parando a los noctámbulos; unos cuantos chulos, agazapados tras de los faroles las vigilaban y charlaban con ellas, dándoles órdenes. Luego fueron desfilando busconas, chulos y celestinas. Todo el Madrid parásito, holgazán, alegre, abandonaba en aquellas horas las tabernas, los garitos, las casas de juego, las madrigueras y los refugios del vicio, y por en medio de la miseria que palpita en las calles, pasaban los trasnochadores con el cigarro encendido... indiferentes a las agonías de tanto miserable desarrapado, sin pan y sin techo, que se refugiaba temblando de frío en los quicios de las puertas» (*La busca*, 289-291).

Barahúnda vital ésta muy cambiante según los momentos y de acuerdo con las horas. Tras la abigarrada conjunción diurna de unas gentes varias socialmente y muy ajetreadas y la nocturna trama populachera y viciosa de la Puerta del Sol y su entorno, no muy diferente de la existente cien años más tarde, tenía lugar un cambio.

«Tardó mucho en aclarar el cielo; aun de noche se armaban puestos de café; los cocheros y los golfos se acercaron a tomar su vaso o su copa. Se apagaron los faroles de gas. Danzaban las claridades de las linternas de los serenos en el suelo gris, alumbrado vagamente por el pálido claror del alba, y las siluetas negras de los traperos se detenían en los montones de basura, encorvándose para escarbar en ellos. Todavía algún trasnochador pálido..., se deslizaba siniestro... y mientras tanto comenzaban a pasar obreros. El Madrid trabajador y honrado se preparaba para su ruda tarea diaria» (*La busca*, 291).

No menos distinto y distante era el ambiente que Baroja recoge, sin duda muy de cerca y con una indudable sensibilidad poética, el Día de la Coronación de Alfonso XIII al cumplirse su mayoría de edad el 17 de mayo de 1902 y, en concreto, al pasar por la Puerta el Sol y la calle Mayor de regreso de San Jerónimo, una «brillante comitiva de reyes, de embajadores, de grandes damas» en «un día de mayo esplendoroso; un cielo azul, una tarde de oro». Una «luz intensa, cegadora, vibraba llameante en las colgaduras amarillas y rojas, en las banderas, en los gallardetes, en los farolillos de las iluminaciones» bajo la cual

«hormigueaba la gente por las calles. En los balcones, en las ventanas, en las cornisas y en los tejados, en las tiendas y en los portales, se amontonan los curiosos. El sol reía en los trajes claros de las mujeres, en los sombreros vistosos, en las sombrillas rojas y blancas, en los abanicos que aleteaban como mariposas, y bajo el cielo azul de Prusia todo palpitaba y refulgía y temblaba a la luz del sol con una vibración de llama» (*Aurora roja*, 314-315).

Al norte y al sur del meridiano de la Puerta del Sol, se extendían mundos diferentes y, en parte, contrapuestos. Muy cerca de ella, en la casa de huéspedes de Doña Casiana, en Mesonero Romanos, iniciase la vida madrileña de Manuel que, enseguida, se continúa en los «barrios bajos» que, según los huéspedes de Doña Casiana se encontraban más allá, hacia el arroyo de Embajadores. Roberto Hasting, el estudiante inglés allí hospedado, le pide a Manuel que le guíe con Fanny, su prima, la pintora, por estos lugares: «Mi prima... tiene ganas de ver algo de la vida de estos pobres barrios». Y juntos los recorren a partir del café de San Millán, en la calle de ese nombre: «desembocaron en la plaza del Rastro, bajaron por la Ribera de Curtidores hasta la Ronda de Toledo», donde visitaron el Corralón, vivienda entonces de Manuel y, por el arroyo de Embajadores, entraron en el barrio de las Injurias hasta la taberna de la Blasa, ya «el extrarradio» como afirma su propietaria (*La busca*, 109-110).

«Se acercaron a una casita baja con un zócalo obscuro; una puerta de cristales rotos, empañada, compuestos con tiras de papel, iluminados por una luz pálida, daba acceso a esta casa. Abrió la puerta Leandro, y entraron todos. Un vaho caliente y carado de humo les dio en la cara. Un quinqué de petróleo, colgado del techo, con pantalla blanca, iluminaba la taberna, pequeña y de techo bajo» (*La busca*, 110-111).

Un extrarradio y unos barrios bajos que se compaginaban claramente con el secano yermo y medianamente productivo que predominaba al mediodía del municipio madrileño de entonces y también de ahora y que estaba siendo presa a comienzos del Novecientos de una ocupación urbana muy precaria y un incipiente desarrollo industrial.

«Desde la ventana del cuartucho de Manuel —en el Parador de Santa Casilda, en la ronda de Toledo—, se veían tres depósitos, panzudos, rojos, de la Fábrica del Gas, con los soportes altos de hierro, terminados en polea, y alrededor el Rastro; a un lado vertederos ennegrecidos por el carbón y las escorias; más lejos se extendía el paisaje árido, y sus lomas calvas amarillentas, se escalonaban hasta perderse en el horizonte. Enfrente sobresalía el cerrillo de los Ángeles con su ermita en la punta» (*Mala hierba*, 140).

El ambiente humano por allí existente y descrito no podía ser menos atractivo y más miserable. En una llamada Casa de la Doctrina, más allá del puente de Toledo, en el camino alto de San Isidro, un supuesto centro de ayuda a los menesterosos sostenido por miembros de la alta sociedad, se reunía lo que Baroja denomina «un conciliábulo de Corte de los Milagros» y en el que los diferentes tipos parecen casi tópicos. En el patio central de la casa, esperando las ayudas,

«Las mujeres ocupaban casi todo el patio; en un extremo, cerca de una capilla, se amontonaban los hombres; no se veían más que caras hinchadas, de estúpida apariencia; narices inflamadas y bocas torcidas; viejas gordas y pesadas como ballenas, melancólicas; viejezuelas esqueléticas, de boca hundida y nariz de ave rapaz;... entre los mendigos, un gran número lo formaban los ciegos; había lisiados, cojos, mancos; unos hieráticos, silenciosos y graves; otros, movedizos: Se mezclaban las anguarinas pardas con las americanas raídas y las blusas sucias» (*La busca*, 87-88).

Y no muy distintos son los asistentes, protagonistas y acompañamiento a una boda a la que asisten Manuel y su entonces novia, la Justa, en la Bombilla, y que partió de la Ronda de Toledo:

«Se presentaron los novios, rodeados de una nube de chiquillos que gritaban; él tenía facha de hortera; ella, esmirriada y fea, parecía una mona; los padrinos iban detrás, y en el grupo de éstos, una vieja gorda, chata, bizca, de pelo blanco, con una rosa roja en la cabeza y una guitarra en la mano, avanzaba con aire flamenco» (*La busca*, 281).

Pero en este submundo, no faltan las individualidades, pertenecientes sin duda a tipos bien conocidos por el novelista en sus paseos o en sus contactos personales.

«La cara del *Bizco* (un delincuente que al final de la trilogía será juzgado y condenado a muerte) producía el interés de un bicharraco;... la frente estrecha, la nariz roma, los labios abultados, la piel pecosa y el pelo rojo y duro, le daban el aspecto de un mandril grande y rubio» (*La busca*, 69).

O bien, otro tipo, un artificiero apodado el *Tabuena*, un «tipo apergaminado, amarillento (que) tenía una nariz absurda, nariz arrancada de cuajo y sustituida por una bolita de carne» (*La busca*, 121).

Un mundo en el que apenas aparecen personas de figura normal y talante agradable. Entre ellas se podría incluir por su humanidad y amor a la familia, la Petra, la madre de Manuel, la criada de doña Casiana, cuyo físico no describe Baroja pero que era «voluntariosa, con apariencia de humilde, de una testarudez de mula; en haciendo su capricho, lo demás le importaba poco» (*La busca*, 16) y cuya muerte constituye uno de los momentos más conmovedores e impresionantes de la novela.

«Manuel aquella noche pensó y sufrió lo que quizás nunca pensara ni supiera: reflexionó acerca de la utilidad de la vida y acerca de la muerte con una lucidez que nunca había tenido. Por más esfuerzos que hacía, no podía detener aquel flujo de pensamientos que se enlazaban unos con otros» (*La busca*, 196)

A su lado, en la casa de huéspedes donde trabaja la madre, cabría señalar a don Telmo, «un personaje muy madrileño» (M. Pajarón, 95):

«callado, indiferente, sin terciar en las conversaciones, hombre de muy pocas palabras, que no se quejaba nunca, llamaba la atención por lo mismo que parecía empeñado en no llamarla» (*La busca*, 41-42).

Y resalta no menos, Roberto Hasting,

«el estudiante rubio, con sus ojos de acero... Era un tipo aristocrático..., de pelo rubio, espeso y peinado para arriba, bigote blanco, como si fuera de plata: la piel algo curtida por el sol» (*La busca*, 37 y 45).

Con un carácter fuerte, tenaz y emprendedor, tan contrapuesto al de Manuel, díscolo pero débil, sin carácter y fácil de manejar, que ni sabe ni comprende, Roberto trata y, al final, lo consigue, que Manuel se sitúe en la vida:

«Ya te he dicho varias veces lo que debes hacer...: buscar, buscar y buscar. Luego, trabajar hasta echar el alma por la boca... Siempre hay donde trabajar si se quiere. Pero hay que querer. Saber desear con fuerza es lo primero que se debe aprender... Quiero decir que tengas voluntad» (*Mala hierba*, 22-24).

En el vagabundeo incesante del adolescente —Manuel todavía lo es—, primero, por los ventorros de la carretera de Andalucía, por las tabernas de las rondas de Toledo y Embajadores, y, más tarde, por los cafés de la calle de Barquillo y la plaza del Rey donde se reunían los «aplaudidores» del teatro Apolo y los «alabarderos» del circo de Price (*La busca*, 239-240) o por las cerca-

nías del cementerio del Este, Manuel roza la vida maleante con algunos limitados momentos de trabajo manual, temporal y mal reglado. Un tiempo que parece terminar, tras varias noches pasadas al fresco, «en una hondonada negra con dos o tres chozas sórdidas y miserables» situada «entre el puente de Segovia y el de Toledo, no muy lejos del comienzo del Paseo Imperial «donde existe» un hoyo cuadrangular, ennegrecido por el humo y el polvo del carbón, limitado por murallas de cascotes y montones de escombros» (*La busca*, 251). En este lugar le da trabajo, cobijo y comida un trapero que le recoge agotado y hambriento.

Es el inicio de un periodo de la trilogía, centrado en *Mala hierba*, en el que la vida de los protagonistas se traslada al Madrid situado al norte de la Puerta del Sol y, especialmente, al camino de Areneros, a Argüelles, a la Moncloa y a las glorietas de San Bernardo y Quevedo. En ese tiempo, Manuel pretende «intentar seriamente un cambio de vida, se sentía capaz de tomar una determinación enérgica y dispuesto a seguirla hasta el final» (*Mala hierba*, 8). Con la ayuda de Hasting, trabaja en una fotografía y en una imprenta pero, inquieto e insatisfecho, descontento de si mismo, abandona el empleo y merodea en ambientes menos míseros que los del mediodía madrileño pero próximos al margen de la ley (*Mala hierba*, 171-301). Colabora con la baronesa de Aynat en sus chanchullos y con ella y el señor Bernardo de Mingote, un estafador de baja estofa, «prestamista, policía, jefe de clac, zurupeto de la Bolsa, agente de quintas, curial, revendedor y gancho» (*Mala hierba*, 70), en una farsa y estafa en la que pasa como hijo natural de un comerciante de granos de la calle del Progreso al que sacan mucho dinero. En compañía de Jesús, otro cajista insatisfecho, frecuenta como punto casas de juego, acude a bailes de baja estofa y a lupanares, pide limosna, frecuenta albergues públicos y come de la «sopa boba», vive con su antigua novia, la Justa, ya una prostituta, en fin, afirma él mismo, actúa «ahora, de golfo» (*Mala hierba*, 235). Termina, tras el asesinato de su primo Vidal, su introductor en un círculo de jugadores profesionales y «chulos», por el *Bizco* (*Mala hierba*, 303), en un calabozo de las Salesas, aunque resulta absuelto de forma poco ortodoxa.

«Manuel sentía una sorda irritación contra todo el mundo: un odio, hasta entonces amortiguado, se despertaba en su alma contra la sociedad, contra los hombres...» (*Mala hierba*, 325).

En estos momentos difíciles resulta primordial uno de los personajes más cautivadores, interesantes y atractivos de la trilogía, la Salvadora, una huérfana abandonada que, con su hermano menor enfermo, es recogida un día de Nochebuena por Jesús, el cajista y amigo de Manuel, y su hermana, la Fea, en su casa (*Mala hierba*, 151 y 171). Durante el paso de Manuel por los calabozos

zos, la Salvadora y la Fea le apoyarán materialmente y le garantizarán ante la policía; luego, a su liberación le acogerán en su casa y le favorecerán generosamente: primero, le buscarán trabajo en una imprenta y, más tarde, le ayudarán a montar, con Hasting de capitalista, una propia (*Mala hierba*, 293 y 308 y *Aurora Roja*, 87-92). Con el tiempo, la Salvadora, convertida en una hábil costurera y profesora de bordadoras, y aparecido su hermano Juan, antiguo seminarista y excelente escultor, Manuel e Ignacia, su hermana viuda, compartirán domicilio con la Salvadora hasta convertirse ésta en su mujer, y organizar y dirigir su vida. (*Aurora roja*, 43, 63, 85, 281).

«A los veinte años, la Salvadora era una muchacha alta, esbelta, con la cintura que hubiera podido rodear una liga, y la cabeza pequeña. Tenía la nariz corta, los ojos oscuros, grandes, el perfil recto y la barbilla algo saliente lo que le daba un aspecto de dominio y de tesón. Se peinaba dejándose un bucle que le llegaba hasta las cejas y le ocultaba la frente, y esto contribuía a darle un aire más imperioso» (*Aurora roja*, 44-45).

Pío Baroja ofrece, en *Mala hierba*, en el ámbito del Madrid alejado de los «bajos fondos» y el «extrarradio» de *La busca*, además del de la Salvadora, una serie de retratos de muy amplio espectro y de gran valor formal y social. Es muy atractiva la figura de Esther Volowitch, una muchacha polaca, profesora de idiomas, que aparece como novia de Bernardo Santín, uno de los supuestos artistas que frecuentaban el taller de Alex Monzón y donde vivía en aquel momento Roberto Hasting, en la calle del Espíritu Santo. Para Santín ayudó Manuel a montar un taller de fotografía en la calle de Luchana, que fue su primer empleo relativamente serio.

«Era la novia muy simpática; a Manuel le pareció hasta bonita, a pesar de tener el pelo rojo y las pestañas y las cejas del mismo color. Tenía una carita blanca, algo pecosa; la nariz, sonrosada, respingona; los ojos claros, y los labios, también rojos, y tan bonitos que despertaban el deseo de besarlos. Era de pequeña estatura, pero estaba muy bien formada» (*Mala hierba*, 32).

En una línea similar dibuja otro personaje femenino, «Kate, la niña blanca», la hija de la baronesa aventurera, marrullera y poco de fiar de Aynat. Kate, «una niña blanca y sosa que parece una muñeca» según la *Chucha*, una mulata que colabora con la baronesa, es cortejada por Roberto Hasting y tras padecer las trapisondas y devaneos de la madre, regresa a Londres y a Amsterdam, casándose con él finalmente. «Manuel la conocía (*La busca*, 39-40), pero no sabía si ella se acordaría de él; en los años que no la veía se había hecho una muchacha preciosa. No recordaba en su tipo a su madre. Era blanca,

facciones correctas, ojos azules, claros, de cejas y pestañas doradas y el pelo rubio, sin brillo, pero muy bonito» (*Mala hierba*, 83).

Muy diferentes socialmente pero especialmente expresivos son los retratos de «una cuadrilla de muchachas, de trece a diez y ocho años, que mero-deaban por la calle de Alcalá», no lejos del teatro Apolo, «acercándose a los buenos burgueses, fingiéndose vendedoras de periódicos y llevando constantemente un *Heraldo* en la mano» y entre las que se destacaba un grupo de «cuatro muchachas que vivían juntas en Cuatro Caminos, que se llamaban la *Mellá*, la *Goya*, la *Rabanitos* y la *Engracia*, y que habían formado con Vidal, el *Bizco* y Manuel una Sociedad, aunque anónima». «Hablaban todas de manera tosca; decían *veniría*, *saliría*, *quedría*; en ellas el lenguaje saltaba hacia atrás en curiosa regresión atávica». «De las cuatro muchachas la más fea era la *Mellá*; con su cabeza gorda y disforme, los ojos negros, la boca grande con los dientes rotos, el cuerpo rechoncho, parecía la bufona de una antigua princesa... Estaba la *Mellá* siempre alegre, a todas horas cantando y riendo; llevaba una polvera pequeña en el bolsillo del delantal, que en el fondo de la tapa tenía un espejo, y mirándose en él a la luz de un farol, se enharinaba la cara a cada paso» (*La busca*, 240-243). Pudiera pensarse que don Pío conocía al menos las teorías criminológicas de Lombroso que por entonces circulaban en los medios intelectuales españoles (F. Hernando, 2000).

5. ANARQUISMO Y SOCIALISMO EN EL MADRID DE BAROJA

A comienzos de la tercera novela de la trilogía, *Aurora roja*, Manuel, ya superada su etapa de golfería, vive en la calle de Magallanes, «cerca de (los) antiguos y abandonados cementerios» de la Patriarcal y San Martín (*Aurora roja*, 29) y trabaja en una imprenta como cajista. Se ha separado de Jesús y la *Fea* y comparte la casa, bellamente descrita por Baroja (*Aurora roja*, 31-33), con Ignacia, su hermana viuda, y la Salvadora y su hermano menor. Esta última, costurera y bordadora, está asociada con la *Fea* y, entre las dos, han puesto una tienda de ropas para niños en la calle del Pez. Mantenían una tranquila y, quizás, insípida existencia que la puesta en marcha, con la ayuda de Roberto Hastings, reaparecido en Madrid para atender asuntos de su herencia, de una imprenta propia, no hace sino facilitar y confirmar.

La situación cambia con la llegada a Madrid de Juan, el hermano menor de Ignacia y Manuel. Juan procede de París, donde ha estado viviendo algún tiempo tras su abandono del Seminario en que estudiaba y una accidentado viaje a pie por Aragón hasta Barcelona, desde donde tras reconocer su calidad de dibujante viaja a París. Aquí, trabaja en una joyería, frecuenta el Louvre y

alcanza un estimable nivel como escultor. Llegado a Madrid, expone dos obras, una de ellas un busto de la Salvadora, muy alabado, y consigue varios encargos. Pero,

«Juan había tenido un gran desengaño al conocer a los artistas de cerca. En París, en Bruselas, había vivido aislado, soñando; en Madrid (se asombra) de ver (entre los artista) una gente mezquina e indelicada... sin un asomo de nobleza, con todas las malas pasiones de los demás burgueses. Como en Juan las decisiones eran rápidas, apasionadas, al retirar su fe de los artistas la puso de lleno en los obreros» (*Aurora roja*, 108-109).

Así, recordando su relación en París con círculos anarquistas, se pone en contacto con un núcleo de miembros de esta ideología que se reúnen en la taberna de *La Aurora* y a la que han rebautizado como *Aurora Roja*.

La descripción de Baroja es viva y directa.

«Hay entre Vallehermoso y el paso de Areneros una ancha y extensa hondonada que lentamente se va rellenando de escombros... En la hondonada se ven solares de corte de piedra, limitados por cercas de pedruscos, y en medio de los solares, toldillos blancos bajo los cuales los canteros, protegidos del sol y de la lluvia, pulen y pican grandes capiteles y cornisas marcados con números y letras rojas... En esta hondonada, en el borde del paseo de Areneros, al lado de unas altas pilas de maderas negras, había un solar, y en él, una taberna, un juego de bolos y una churrería. El juego de bolos estaba en medio, la taberna a su derecha y la churrería a la izquierda. La taberna se llamaba oficialmente “La Aurora”, pero era más conocida por la taberna de Chaparro. Daba al paseo de Areneros y a un pasadizo entre dos empalizadas; tenía un escalón a la entrada, y una muestra llena de desconchaduras y de lepra. Por dentro era un cuarto muy pequeño con una ventana al solar» (*Aurora roja*, 103-104).

En el grupo anarquista que se reunía todos los domingos y que contaba con libros y folletos anarquistas de Kropotkin, de Reclus y Juan Graves,

«se manifestaron pronto tres tendencias: la de Juan, la del Libertario y la del estudiante César Maldonado. El anarquismo de Juan tenía un carácter entre humanitario y artístico. No leía Juan casi nunca libros anarquistas; sus obras favoritas eran las de Tolstoi y de Ibsen. El anarquismo del *Libertario* era el individualismo rebelde, fosco y huraño, de un carácter más filosófico que práctico; y la tendencia de Maldonado, en-

tre anarquista y republicana radical, tenía ciertas tendencias parlamentarias. Este último quería dar a la reunión aire de club; pero ni Juan ni el *Libertario* aceptaban esto; Juan, porque veía imposición, y el *Libertario*, además de esto, por temor a la policía. Una última forma de anarquismo, un anarquismo del arroyo, era el del señor Canuto, del Madrileño y de Jesús. Predicaban éstos la destrucción, sin idea filosófica fija, y su tendencia cambiaba de aspecto a cada instante, y tan pronto era liberal como reaccionaria» (*Aurora roja*, 115-116).

Por ello, las discusiones eran continuas y a menudo tempestuosas y difíciles. No faltaban tampoco las confrontaciones y comparaciones entre el anarquismo de Barcelona y el de Madrid, al parecer distinto según Prats, un anarquista catalán huido a Madrid tras los juicios y condenas derivadas del atentado del Liceo. Para Prats, «Barcelona (era) el modelo ideal de anarquismo, de industria, de cultura», mientras que al *Madrileño*, «bastaba que una cosa fuera catalana para que le pareciera mala» (*Aurora roja*, 229). Habla el catalán:

«en Barcelona, allá había alma..., había agitación, ... solíamos dar conferencias bíblicas, y teníamos reuniones en donde cada noche se explicaba un punto de las ideas libertarias. Recuerdo en una reunión de estas a Teresa Claramunt, embarazada, que gritaba furiosa: ¡Los hombres son unos cobardes! ¡Mueran los hombres! ¡Las mujeres haremos la revolución!... En todas partes se daban mítines de propaganda, se hacían mítines anarquistas, matrimonios anarquistas, se mandaban proclamas a los soldados para que se indisciplinaran y no fueran a Cuba, y gritábamos en los teatros: ¡Muera España! ¡Viva Cuba libre!... Luego, ya hubo días en que las calles de Barcelona estuvieron dominadas por los anarquistas» (*Aurora roja*, 230).

Por su parte, en la Puerta del Sol, durante la Coronación de Alfonso XIII, el *Libertario*, con «fría exaltación y burlonamente» y refiriéndose a la multitud presente dice:

«esto es una raza podrida; esto no es un pueblo; aquí no hay vicio ni virtudes, ni pasiones; aquí todo es m... Puede ese niño abatido y triste recorrer su ciudad. Lo puede hacer y puede andar, si quiere, a latigazos con esta morralla. Ese rebaño de imbéciles no se incomodará» (*Aurora roja*, 320).

Con cierta frecuencia tenían lugar mítines a los que asistía mucho público y en los que intervenían, junto a los distintos líderes del grupo, invitados

llegados de fuera, de Barcelona, pero también de París, de Londres y de Roma, que presentaban las últimas novedades habidas en el mundillo ácrata, entonces en pleno actualidad sobre todo por sus acciones violentas, por sus numerosos atentados. No mucho tiempo antes (1897) se había producido el asesinato de Canovas del Castillo por Angiolillo, personaje a quien se refieren a menudo en las sesiones de *Aurora rojo*:

«Era un tipo delgado, muy largo, muy seco, muy fino en sus ademanes, que hablaba con acento extranjero. Cuando supe lo que había hecho, me quedé asombrado. ¡Quién podía esperar aquello de un hombre tan suave y tan tímido» (*Aurora roja*, 167).

Y en varias ocasiones se recuerda el atentado en el Liceo de Barcelona (1894), de sus terribles resultados, del juicio subsiguiente y de la ejecución de sus realizadores en Montjuich. Comenta Skopos, «un muchachito afeitado, hijo de un griego, vendedor de esponjas» asistente casualmente al hecho (*Aurora roja*, 166),

«La cosa era terrible; me pareció que había cuarenta o cincuenta muertos. Bajé a las butacas. Aquello era imponente; en el teatro, grande, lleno de luz, se veían los cuerpos rígidos, con la cabeza abierta, llenos de sangre; otros, estaban dando las últimas boqueadas. Había heridos gritando y la mar de señoras desmayadas, y una niña de diez o doce años, muerta. Algunos músicos de la orquesta, vestidos de frac, con la pechera blanca empapada en sangre, ayudaban a trasladar los heridos... era imponente» (*Aurora roja*, 169).

Este relato hace prorrumpir a Manuel —¿la voz de Baroja?—,

«No... de eso no se puede reír nadie, a no ser que sea un canalla. Matar así de una manera tan bárbara...» (*Aurora roja*, 170).

Juan, pese a su delicada salud y a su pocos deseos de figurar, interviene en uno de esos mítines, celebrado en el teatro Barbieri —no pudieron conseguir *La Zazuela*—, al que asistieron sus deudos y amigos, la Salvadora y Manuel preocupados por él. Tras la intervención de otros oradores,

«se acercó Juan modestamente a la mesa, y comenzó a hablar con una voz velada y algo chillona, sin equivocarse. Interesado el público por el aspecto de niño enfermo de Juan, quedó silencioso. Juan, al sentirse escuchado, se tranquilizó; tomó el tono natural de su voz y comenzó a hablar con convicción y facilidad, de una manera fluida e insinuante.

—La anarquía —dijo— no era odio, era cariño, era amor; el deseaba que los hombres se libertasen del yugo de toda autoridad, sin violencia, sólo por la fuerza de la razón. El quería que los hombres luchasen para salir del antro obscuro de sus miserias y de sus odios a otras regiones más puras y serenas. El quería que el Estado desapareciera, porque el Estado no sirve más que para extraer el dinero y la fuerza que él supone de las manos del trabajador y llevarlo al bolsillo de unos cuantos parásitos. El quería que desapareciese la ley, porque la Ley y el Estado eran la maldición para el individuo, y ambos perpetuaban la iniquidad sobre la tierra... El afirmaba que el hombre es bueno y libre por naturaleza, y que nadie tiene derecho a mandar a otro. El no quería una organización comunista reglamentada, que fuera enajenando la libertad a los hombres, sino la organización libre, basada en el parentesco espiritual y en el amor... Sólo lo libre es hermoso... y veía en el anarquismo la liberación del hombre... Y Juan siguió hablando; su voz, que se iba haciendo opaca, tenía entonaciones de ternura; sus mejillas estaban encendidas. En aquel momento parecía sentir los dolores y las miserias de todos los abandonados. Todos los corazones de la multitud latían al unísono». Ya iba a terminar con pleno éxito y, en medio de un escándalo en las últimas filas, un asistente pareció dar «la nota verdadera del discurso de Juan: ¡Viva la Anarquía! ¡Viva la Literatura!». (*Aurora roja*, 247-259).

En realidad, en toda esta tercera parte de *La lucha por la vida* parece que, más que nunca, piensa y habla el mismo Baroja, bastante distante de su supuesta neutralidad y su apego por el simple «documento humano».

Asimismo, Baroja enfrenta al pensamiento y el activismo ácrata, la filosofía y el lento desarrollo socialista. El regente que Manuel ha contratado para su imprenta es un gran profesional, que lleva la empresa muy bien, y un socialista convencido. El y sus amigos y compañeros discuten sobre sus respectivas ideologías con Juan y algunos de los anarquistas próximos. Manuel presenciaba esos debates, y aunque no pensaba afiliarse a ningún partido, le gustaba oír y orientarse.

«De las dos doctrinas que se defendían, la anarquía y el socialismo, la anarquía le parecía más seductora; pero no le veía ningún lado práctico; como religión, estaba bien; pero como sistema político social, lo encontraba imposible de llevarlo a la práctica» (*Aurora roja*, 214).

En todo caso, Morales, el regente, y Juan, que nunca estaban de acuerdo, consideraban que el progreso, el problema básico de la Humanidad, se planteaba desde muy diferentes puntos de vista.

«Para Morales, el progreso no era más que la consecuencia de una lenta y continua lucha de clases, terminada en una serie de expropiaciones... (a cuyo final) el obrero expropiaría al burgués, y vendría la revolución social. El aspecto económico, que Morales encontraba el más importante, para Juan era secundario... el progreso era únicamente el resultado de la victoria del instinto de rebeldía contra el principio de autoridad... (es decir) la supresión del principio de autoridad por la imposición de las conciencias libres» (*Aurora roja*, 214-215).

En definitiva, don Pío recoge en su novela, en el encuentro entre socialismo y anarquismo, el debate que, a finales del siglo XIX, oponía las ideas de Bakunin y Kropotkin a las de Marx y Engels.

«Como es natural y frecuente entre sectarios de ideas afines, socialistas y anarquistas se odiaban, y, como en el fondo y a pesar de los nombres pomposos, la evolución de las ideas en los dos partidos era bastante superficial, unos y otros se insultaban en las personas de sus respectivos jefes, que eran unos buenos señores que, convencidos de que el divino papel que representaban era demasiado grande para sus fuerzas, hacían lo posible para sostenerse en el pedestal en que estaban subidos. Para los socialistas, los otros eran unos imbéciles, locos que había que curar, o pobres ingenuos, capitaneados por caballeros de industrias, que se pasaban de cuando en cuando por el Ministerio de la Gobernación. En cambio, para los anarquistas, los *socialeros* eran los que se vendían a los monárquicos, los que se pasaban... por el Ministerio a cobrar el precio de su traición». (*Aurora roja*, 222).

En último término, parecía pensar Baroja con ironía y desprecio,

«los dirigidos, en general, en uno y otro bando, valían mucho más que los directores; eran más ingenuos, más crédulos, pero valían más como carácter y como arranque los anarquistas que los socialistas. Al bando anarquista iban sólo los convencidos y exaltados...; en cambio, en las agrupaciones socialistas, si entraban algunos por convencimiento, la mayoría ingresaba por interés... para alcanzar ventajas: el societarismo, en forma de sociedades de socorro o de resistencia» (*Aurora roja*, 223).

Y aún es peor la consideración que Baroja tiene de los partidos burgueses —a los que en la novela parece representar el inglés Roberto Hasting (*Aurora roja*, 301-313)— y en especial de las clases burguesas españolas, constituidas por

«ambiciosillos de dinero o de gloria... (sometidos a) la táctica de la adulación, del servilismo, empleada para escalar puestos en las oligarquías burguesas, liberales, conservadoras o republicanas (que) no servían para nada entre socialistas y anarquistas» (*Aurora roja*, 225).

Esta visión tan negativa de la sociedad española, al menos de la relacionada con los diversos grupos de presión políticos de la época, expresada por Baroja, puede explicar la comprensión —casi exaltación— que tiene de los protagonistas de la trilogía, primero de Manuel y la Salvadora, y de su excelente coyunda, y sobre todo de Juan y de su triste final. Enfermo no se sabe exactamente de qué —¿tuberculosis?—, los últimos días de Juan, coincidentes con los actos oficiales de la mayoría de edad y coronación del rey Alfonso XIII, se complican con el anuncio en el mundillo anarquista de la preparación de un complot contra la familia real y la llegada a Madrid de un amigo de Juan procedente de París y que se aloja unos días en casa de Manuel, un italiano llamado Passalacqua:

«un muchacho afeitado de tez pálida y aceitosa. Tenía la cabeza piriforme; la frente, estrecha, y unas greñas negras y esortijadas que le caían en rizos; el cuello, redondo, de mujer. Su aspecto era de un ser linfático y poltrón» (*Aurora roja*, 287).

La Salvadora sospecha, desde un primer momento, que se trata de un anarquista llegado para cometer un atentado. Sus sospechas se confirman, y Manuel y ella hacen desaparecer la bomba y los escritos incriminatorios e impiden el complot, y también la intervención de la policía, que les vigilaba a causa del activismo de Juan y la llegada, que conocían, del extranjero.

El acontecimiento de la Coronación de Alfonso XIII nos lo presenta don Pío bajo la amenaza de ese atentado anarquista que sin llegar a cumplirse y, debido a la presencia de algunos anarquistas en el paso de la comitiva por la Puerta del Sol, conduce a una violenta diatriba sobre la España de entonces del señor Canut, uno de los más significados del grupo anarquista que se reunía en «La Aurora» y que quizás refleja el pensamiento del novelista:

«Se ha acabado el reinado de María Cristina... Esta buena señora tendrá muchas virtudes; pero lo que es suerte... ¡Vaya un reinado! Miles de hombres muertos en Cuba, miles de hombres muertos en Filipinas, hombres atormentados en Montjuich, inocentes como Rizal fusilados, el pueblo muriéndose de hambre. Por todas partes sangre... miseria... ¡Vaya un reinado!» (*Aurora roja*, 319).

El mismo señor Canut, que se niega a descubrirse ante el paso de la bandera española y pronuncia palabras tales como «¡Muera el Ejército! ¡Viva la Revolución social! ¡Viva la Anarquía!» (*Aurora roja*, 319) será detenido con violencia y apaleado tendrá que ser hospitalizado.

Desde la Puerta del Sol, Manuel llevará a su hermano que, ante tales escenas, ha sufrido una violenta hemorragia, a su casa en la calle de Magallanes. A los pocos días falleció rodeado por su familia. Manuel, mirando el cadáver de su hermano, exclama:

«¡Te has ido al otro mundo con un hermoso sueño, con una bella ilusión! Ni los miserables se levantarán, ni resplandecerá un día nuevo, sino que persistirá la iniquidad en todas partes. Ni colectiva ni individualmente podrán libertarse los humildes de la miseria, ni de la fatiga, ni del trabajo constante y aniquilador» (*Aurora roja*, 330).

Un visión tan sombría y penosa, vendrá matizada, en su entierro en el cementerio del Este, llevado a hombros desde Magallanes hasta el barrio de Salamanca por sus amigos y compañeros de ideología y vigilado por un piquete de guardias a caballo, por unas palabras de *El Libertario* pronunciadas «con voz apagada y temblorosa»:

«Compañeros: Guardemos en nuestros corazones la memoria del amigo que acabamos de enterrar. Era un hombre, un hombre fuerte con un alma de niño... Pudo alcanzar la gloria de un artista, de un gran artista, y prefirió la gloria de ser humano. Pudo asombrar a los demás, y prefirió ayudarnos... Entre nosotros, llenos de odios, él solo tuvo cariños; entre nosotros desalentados, él solo tuvo esperanzas. Tenía la serenidad de los que han nacido para afrontar las grandes tempestades. Fue un gran corazón, noble y leal...; fue un rebelde porque quiso ser justo. Conservemos todos en la memoria el recuerdo del amigo que acabamos de enterrar..., y nada más. Ahora, compañeros, volvamos a nuestras casas a seguir trabajando» (*Aurora roja*, 334).

6. FINAL

La obra de Pío Baroja es robusta, apasionada y tensa. Parece clara, fácil y lineal, pero también es oscura, diversa y desordenada. Algo de todo ello está presente en *La lucha por la vida*. Un texto del mismo autor, publicado como prólogo a una nueva edición de *La dama errante* (1914) pudiera ser el mejor exponente de sus preocupaciones literarias y de su pensamiento social.

«Nietsche ha insistido mucho en la diferencia del tipo apolíneo (claro, luminoso, armónico) con el tipo dionisiaco (oscuro, vehemente, desordenado). Yo, queriendo o sin querer, soy un dionisiaco. Este fondo dionisiaco me impulsa al amor por la acción, al dinamismo, al drama. La tendencia turbulenta me impide el ser un contemplador tranquilo, y al no serlo, tengo inconscientemente, que deformar las cosas que veo, por el deseo de apoderarme de ellas, por el instinto de posesión, contrario al de la contemplación. Al mismo tiempo que esta tendencia por la turbulencia y por la acción —en arte, lógicamente tengo que ser un entusiasta de Goya, y en música, de Beethoven—siento, creo que espontáneamente, una fuerte aspiración ética... Esta aspiración, unida a la turbulencia, me ha hecho ser un enemigo fanático del pasado, por lo tanto un tipo antihistórico, antirretórico y antitradicionalista. La preocupación ética me ha ido aislando del ambiente español, convirtiéndome en uno de tantos solitarios, robinsones con chaqueta y sombrero hongo, que pueblan las ciudades» (*La dama errante*, 8 y 9).

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Pío Baroja

- BAROJA, P. (1973): *La vida fantástica. I. Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Parados*. Edición conmemorativa del Centenario del nacimiento de... Madrid. Caro Raggio, 353 pp.
- (1902): *La vida fantástica. II. Camino de perfección*. Madrid, Caro Raggio, 300 pp.
- (1973): *La vida fantástica. III. Parados, rey*. Edición conmemorativa del Centenario del nacimiento de... Madrid, Caro Raggio, 322 pp.
- (1972): *La lucha por la vida. I. La busca*. Edición conmemorativa del Centenario del nacimiento de... Prólogo de Julio Caro Baroja. Madrid, Caro Raggio Editor, 296 Págs.
- (1972): *La lucha por la vida. II. Mala hierba*. Edición conmemorativa del Nacimiento de... Madrid, Caro Raggio, 332 pp.
- (1972): *La lucha por la vida. III. Aurora roja*. Edición conmemorativa del Centenario del Nacimiento de... Madrid, Caro Raggio Editor, 334 Págs.
- (1995): *La raza. I. La dama errante*. Prólogo de Pío Baroja. Madrid, Caro Raggio, 234 pp.
- (2000): *La raza. II. El árbol de la ciencia*. Edición de Pío Caro Baroja con notas nuevas de Inman Fox. Decimosexta edición. Madrid, Caro Raggio-Cátedra, 292 pp.
- (1995): *Las ciudades. III. La sensualidad pervertida*. Introducción de Manuel Mendoza y Prólogo de Amparo Hurtado. Colección Biblioteca Universal. Maestros modernos hispánicos. Madrid, Círculo de Lectores, 344 pp.

- (1979): *La juventud perdida. I. Las noches del Buen Retiro*. Madrid, Caro Raggio, 340 pp.
- (1925): «Prólogo casi doctrinal sobre la novela», en *Memorias de un hombre de acción. La nave de los locos*. Madrid, Caro Raggio (Citado por J. M. Lasagabaster, 1999, 20).

Obras sobre Pío Baroja

- AA.VV. (1978): *Literatura y ciencias sociales*. Palma de Mallorca, Instituto de Ciencias de la Educación, 181 pp.
- BAKER, E. (1991): *Materiales para escribir Madrid. Literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*. Madrid, Siglo XXI,
- (1994): «El comercio y la novela en el Madrid del siglo XIX», en *Literatura y espacio urbano*, pp. 45-57.
- CAMPOS, J. (1981): *Introducción a Baroja*. Madrid, Alianza Editorial,
- CARO BAROJA, J. (1972): *Los Baroja (Memorias familiares)*. Madrid, Taurus, 574 pp.
- (1987): *Guía de Pío Baroja. El mundo barojiano*. Madrid, Caro Raggio-Cátedra,
- GÓMEZ DE LA SERNA, R. (1974): *Descubrimiento de Madrid*. Madrid, Cátedra,
- INMAN FOX, E. (1999): *Introducción a Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Parados*. Colección Austral, Narrativa, 116. Madrid, Espasa-Calpe, pp. 9-42.
- INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS (1979-1980). *Madrid*. Madrid, Espasa-Calpe, 5 vols.
- JULIÁ, S.; RINGROSE, D. y SEGURA, Cr. (1998): *Madrid, historia de una capital*. El Libro de Bolsillo. Historia, Madrid, Alianza Editorial, 604 pp.
- LASAGABASTER, J. M. (1999): *Introducción a Paradox, rey*. Colección Austral. Narrativa, 188. Madrid, Espasa-Calpe, pp. 9-60.
- MENDOZA, E. (1995): *Pío Baroja, el escribiente feliz*. Barcelona, Círculo de Lectores,
- MORAL, C. del (1974): *La sociedad madrileña de fin de siglo y Baroja*. Madrid, Taurus,
- ORTEGA Y GASSET, J. (1946): «Ideas sobre Pío Baroja». *El Espectador*, I, pp. 15-50.
- (1946): «Una primera vista sobre Baroja». *El Espectador*, II, pp. 67-123.
- PAJARÓN, M. (1978): *Cinco escritores y su Madrid*. Madrid, Prensa Española, 175 pp.
- PÉREZ FERRERO, M. (1972): *Vida de Pío Baroja*. Madrid, Magisterio Español.
- PRIETO GARCÍA, C. (1993): «El Madrid de Pío Baroja», en *Biografía literaria de Madrid*, pp. 214-235.
- ROVIRA, J. C. y NAVARRO, J. R. (Edits.) (1994): *Literatura y espacio urbano*. I Coloquio Internacional «Literatura y Espacio Urbano». (Alicante, 1993). Alicante, Fundación Cultural, 214 pp.
- SAGARÓ FACI, M. (1991): *Claves de «la Busca»*. Madrid, Ciclo.
- (Direct.) (1993): *Biografía Literaria de Madrid*. Madrid, Avapiés y Luis Cossío, 352 pp.